



ARTE

A. Labadie

EL ESTUDIO DE LA MÚSICA

se hace en muy corto tiempo, fácil y económicamente, por el
"SISTEMA MENCHACA"

Este sistema, por su sencillez, claridad y base científica, está al alcance de todas las inteligencias, como lo ha comprobado la práctica, y lo atestiguan eminentes Maestros europeos y americanos:

Madrid, Mayo 12 de 1905.

Señor don Angel Menchaca.

.....
He leído atentamente su obra y NO LE EXAGERO si le digo que ME HA MARAVILLADO. Los fundamentos SON INCONMOVIBLES y la realización POR TODO EXTREMO INGENIOSA. Su ADMIRADOR CONVENCIDO.

Tomás Bretón.

(El maestro Bretón ha iniciado con verdadero éxito la propaganda del sistema en España, con una notable y entusiasta conferencia que leyó en la Unión Ibero Americana de Madrid.)

«Es Vd. un maestro. He leído con el más vivo interés su libro y admiro su talento de simplificación, de organización y de síntesis. Su sistema de notación es, ciertamente, MÁS SENCILLO Y MÁS COMPRENSIBLE QUE EL USADO. NO HE ENCONTRADO EN EL NINGÚN VACÍO».

Max-Nordau.

.....
Párrafos de un discurso pronunciado en el Real Conservatorio de música de Jerez de la Frontera por su director, al clausurarse los exámenes anuales.

El eminente maestro don Angel Menchaca, ha ideado un nuevo sistema de escritura musical, en el cual *no se sabe qué admirar más, si su sencillez ó las claras razones en que se funda.....*

HE DE IMPLANTAR DICHO SISTEMA, pues, á pesar del estudio somero que por mis ocupaciones he tenido que hacer, me cuento no ya entre los convencidos, *sinó con los entusiastas.* Mucho y muy bueno he encontrado en dicho sistema; pero en esta hora me limito á anunciar mi intención de comunicaros mis impresiones por medio de conferencias y de artículos en la ilustrada prensa de nuestro pueblo, siempre fácil para acoger en sus columnas todo lo que sea progreso.

Angel F. Pacheco.

Director del Conservatorio Real de Jerez de la Frontera.

Octubre 10 de 1908.

ESGUELA DE "MÚSICA MENCHACA"

RINCON 105, entre Ituzaingó y Treinta y Tres—MONTEVIDEO

Dos clases semanales: Cuota Mensual \$ 1.50

(Lea usted la última página.)

ARTE

REVISTA LITERARIA Y SOCIAL
APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

Administrador: A. G. Pujadas

Director: DANIEL HERRERA Y THODE

Sec. Red. Rogelio Cossio

Páginas viejas

En un álbum

La montaña de la vida se sube ligera, como un pájaro en alas de la esperanza y se baja tristemente como un inválido en brazos de los recuerdos.

Tú subes cuando yo bajo la empinada cuesta que tiene á sus dos extremos claridades semejantes, en horizontes distintos.

Para ti la luz crepuscular que tiñe de oro y grana la cima del monte, es la luz del sol que nace; para mí la luz violácea que agiganta las sombras en el valle, es la luz del sol que muere.

Para ti gorjean alegres las ilusiones y las esperanzas, que como las alondras solo cantan en la mañana de la vida; yo sigo ya la voz suave y melancólica de los recuerdos, que como los ruiseñores, solo cantan á la claridad pálida de la luna en la oscuridad misteriosa de la noche.

Más claro y más breve y más prosaico; tu eres todavía casi una niña y yo soy ya casi un viejo.

Todavía no he perdido el derecho de decir galanterías; pero he adquirido ya el más triste, el de dar consejos basado en la experiencia, es decir en la mayor cantidad de vida gastada en los placeres, en las luchas y en los dolores de cada día.

Así yo quisiera aquí darte un consejo que fuese una galantería, ó decirte una galantería que fuese un consejo; pero ¿cómo hacer para dar forma á ese especie de murciélago literario, que no sea pájaro ni sea ratón y que sea las dos cosas á la vez? ; La cosa es difícil!

Si yo no fuera tu tío; cuántas cosas buenas y sobre todo sentidas te diría de tu belleza física y de tu belleza moral!

Pero aún cuando hay tíos—es cosa averiguada—que se enamoran de sus sobrinas y se casan con ellas, lo cual prueba que las encuentran jóvenes, hermosas, inteligentes, buenas; no hay tío, por más tío que sea, que

se atreva á poner en el álbum de una sobrina—aunque sea verdad— lo que pondría en el de la primera venida aunque sea mentira.

¡ Ya ves tú ! ¡ que diría la gente ! me llamarían Lucas Gomez !

Y sin embargo no debería ser así.

Pase por lo que hace á la belleza física que está á la vista de todos y cada cual juzgará como la sienta, ya que eso es cuestión de gustos. Pero tu bondad inalterable, tu hacendosidad afanosa en el hogar, tus virtudes todas de *María Cenicienta*, tu belleza moral, esa que no se vé y es la verdadera, porque no se marchita con los años ni sigue las destrucciones de la naturaleza ¿ quién la ha de alabar sino son los que te conocen en la intimidad y te ven ponerla á prueba en los combates silenciosos de cada hora ?

¡ Y bien piense la gente lo que quiera; si Dios te ha dado esa belleza ¿ porqué yo que la conozco no he de decir que la tienes y te he de exhortar á que la cultives para que cuando llegue la hora inevitable del descenso de la montaña no te asusten las sombras crecientes de esa noche profunda que no tiene aurora en la tierra ?

¿ Qué otra cosa pueden hacer los que subieron ayer y bajan hoy, que dar el itinerario del camino recorrido á los que suben hoy y bajarán mañana ?

Oye. Si alguna vez abrumada por los desencantos ó postrada por la fatiga de la lucha, sientes vacilar tu fé y flaquear tu voluntad — acuérdate para retemplarte y perseverar que en la vida no hay esfuerzo noble perdido y que toda acción buena ó mala dá al fin su lejítimo fruto. No es solo en los cuentos de hadas que la virtud tiene siempre su recompensa y el vicio su castigo en este mundo.

Yo no te diré que todas las mujeres buenas y virtuosas encuentran un día al *Príncipe Perfecto* que las saca de la oscuridad de la cocina para sentarlas en los esplendores de la riqueza y del trono; pero si te diré, que las que pueden calzar ese pequeño zapato del bien, por el bien, tienen la seguridad de llegar al término de su viaje en paz consigo mismas respetadas y apreciadas de todos, trocados los cabellos rubios de la juventud — que son una corona de oro — por los cabellos blancos de la ancianidad que son una aureola de luz. Poder mirar al pasado sin remordimiento y avanzar sin miedo al porvenir, tal es la fórmula práctica de la felicidad terrenal.

Todas las mujeres tienen al alcance de su mano un *Príncipe Perfecto* con quien desposarse y ser felices: el deber.

Solo que cómo ese Príncipe viaja de incógnito por el mundo y suele disfrazarse de abnegación, de sacrificio, de dolor, de resignación, hay muchas que lo desconocen y le niegan su mano.

Tú no serás de esas, estoy seguro. Y ahí tienes engarzados en un solo trozo, un consejo de tío y una galantería de hombre de mundo.

Julio Herrera y Obes.

Sonetos

En un album.

Para vos, desprendida de mi mente,
La estrofa os dejo aquí, señora mía,
que, por ser para vos, cincelaría
Como una ámfora griega transparente.

Quiero que mi alma con su ritmo aliente,
Empaparla en recuerdo, y así un día,
El sonar de esta blanda melodía
Os dirá el nombre del amigo ausente.

Mañana, cuando el tiempo haya corrido,
Si miráis esta página en que intento
Mi nombre defender de vuestro olvido,

Al vibrar en mi verso el pensamiento,
Un algo ha de pasar por vuestro oído,
Como un adiós que pasa por el viento.

Bólidos.

El astro milenario, en agonía,
Muere de sed y fiebre seculares;
El sol bebióle el agua de sus mares,
En sus huesos, la médula se enfría.

En dura contracción, su piel se estria,
Se desgarran sus carnes, y, á millares,
Goteando fugitivos luminares,
Sus restos cruzan la extensión vacía.

Uno de ellos, cayendo en la envoltura
Del globo nuestro, lo ha dejado herido,
Le ha inyectado contagio de la altura.

Y el mundo nuestro morirá aterido,
Y sus restos irán por sepultura,
A otros mundos quizá que aún no han nacido.

Juan Zorrilla de San Martín.

Bellezas Uruguayas



Plácida Cibils Hill

Bellezas Argentinas



Fto. Garro y Merlino.

Sta. De Alvear

El «Dodwand»

Salimos del pequeño puerto de Laurikf, en Noruega, después de abastecernos y navegamos en demanda de la lejana ciudad de Bergen, sobre el Atlántico. Debíamos doblar el extremo de la península escandinava y luego poner proa al norte. Aquellas aguas son bravas; el mar hierve hostigado por el implacable viento del sudoeste que se encajona en los altos *fiords* y rechaza las olas deshaciéndolas en espuma.

Los marinos noruegos son terriblemente supersticiosos. Durante la travesía tuve que sufrir varias veces el contagio de sus pueriles temores provocados por una causa de orden físico cualquiera. La imaginación de aquellos hombres no es muy espontánea pero es peligroso exitarla. He aquí un caso.

El «Scotia» llevaba cinco días de navegación cuando ocurrió el extraño suceso. Nos hallábamos frente á los *fiords* de Hardanger, á los 59° de latitud norte y solo nos faltaban 120 millas para llegar á Bergen que está á los 60° 30'.

El pequeño barco marchaba con velocidad vertiginosa, tumbado sobre la banda de estribor. Se había arriado el velamen y navegábamos casi á palo seco; el viento huracanado del sudoeste distendía el pequeño foque y en sus locas carreras por el cuadrante nos hacía cabecear terriblemente. Debíamos correr 20 nudos por lo menos; las ráfagas hacían estremecer la arboladura y el barco trepidaba como un tren lanzado á la carrera.

La tripulación permanecía sobre cubierta atenta á la maniobra; sobre el pequeño puente el patrón del «Scotia» gobernaba con mano vigorosa el timón sin perder de vista la aguja de marear. Yo miraba la maniobra desde la escotilla; los golpes de mar nos hostigaban por la banda de babor y el buque al cabecear embarcaba agua. Las olas monstruosas coronadas de espuma nos cercaban por todas partes.

Eran las tres de la tarde cuando ¡amainaron las ráfagas, el mar se alisó como si hubieran derramado aceite sobre la superficie y el «Scotia» disminuyó sensiblemente la marcha. El agua se puso negra y un rumor sordo brotó del fondo del mar.

—¡El «dodwand»!—gritó una voz desde el botalón de proa.

—¡El «dodwand», Dios nos ampare!—repitió el patrón con voz alterada. Yo miré hacia el mar; el viento seguía siendo fuerte pero las aguas negras se movían en ondas pesadas y densas sin formar olas. El «Scotia» marchaba lentamente; el patrón mandó largar el trapo y las velas desplegadas se hincharon hasta reventar; el buque dió algunos bandazos

y luego quedó inmóvil, clavado en medio de las aguas, como si desde el fondo del Océano lo hubiese detenido una mano misteriosa.

Conocía el extraño fenómeno de las «aguas muertas», pero jamás había soñado el terror supersticioso que se siente en medio de aquellas masas de aguas inmóviles. Había oído narrar á viejos marinos casos extraordinarios acaecidos en las aguas de Terranova, en la desembocadura del Orinoco, en las costas del Congo, frente á los mismos *fiords* noruegos donde nos encontrábamos, pero no sospechaba la terrible sensación de inmovilidad y muerte que se experimenta cuando el misterioso «dodwand» aprisiona á los barcos en medio del Océano.

Miré al patrón y vi que se santiguaba. Los marinos hicieron lo mismo, luego arriaron las velas, bajaron á cubierta y rodearon al patrón silenciosamente. Este se dirigió hacia mí con gesto preocupado.

—Es el «dodwand»—me dijo con aire sombrío.—No sé á quien busca—agregó con la misma entonación.—Hace diez años que no le he hallado en mi camino. La última vez que tuve tratos con él fué en los mares del sur. El «dodwand» busca á los hombres cuando tiene necesidad de alguno de ellos. Es un ser gigantesco que vive en el fondo del mar; con una mano puede detener á un barco de 10.000 toneladas, si ahora apretase haría astillas de nuestro pobre «Scotia».

El patrón dijo todo aquello con grave sencillez mirando con ansiedad hacia las aguas. Yo me sentí sobrecogido y me pareció que algo extraordinario flotaba al rededor del buque. De pronto oímos un ruido seco y extraño.

—¡Hombre al agua!—gritó una voz.

Todos nos lanzamos á la borda y buscamos sobre las ondas. El agua estaba negra é inmóvil. Nadie apareció en la superficie. El patrón formó á la tripulación sobre el puente.

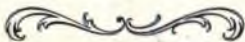
—¿Quién falta?—pregunto.

—Es Storm.

—Ya lo sospechaba, contestó el patrón—ahora el «dodwand» estará contento. ¡A largar el trapo! grito luego.

El viento hinchó las velas; el «Scotia» se movió pesadamente y las aguas se abrieron para darle paso; más allá las olas espumosas llegaban hasta el límite de las «aguas muertas» donde acababa de desaparecer el «dodwand» llevándose á Storm.

Raúl Montero Bustamante.



La enfermedad de amar

« La víspera de su enlace con una hermosa doncella, un joven señor el príncipe Pignatelli, se suicidó descerrajándose un tiro en el corazón. En su lecho se encontró abierto un volumen de poesías de Leopardi, en la página que contiene los versos « A sí mismo ».

En la habitación, libros de Nietzsche y de Schopenhauer. El suicidio se atribuye á una intensa neurastenia y á la influencia de la lectura de esos libros. » Esta noticia de policía, aparecida en los diarios entre el hurto de un portamonedas y un accidente de automóvil, es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio de una enfermedad.

El joven príncipe era un elegido del amor; la vida se entreabría ante él como una invitación auroral. Había amado muchas veces, aunque siempre á medias; cien arreboles de ensueño fugaz habíanse sucedido en su corazón que era un vergel de frivolidades.

Después le llegó su turno como á todos. Ella le sonrió una vez; fué en la hora indecisa del véspero, frente al golfo que el Vesubio decora bajo un cielo de sol y de fantasía. En Italia, país de las pasiones más vehementes, el amor está en todas las cosas: en las playas tranquilas en las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensarios, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿ Podía no estar en su corazón?

El vió en la sonrisa un amanecer y en la primera palabra oyó una melopeya; desde ese minuto la amó locamente, como todo el que sabe amar. El amor es una enfermedad así: atracción de precipicio, violencia de alud, fragor de catarata. La primer sonrisa fué el prefacio de otras mil; hubo caricias como aleteos de mariposa que hacen estremecer una corola; frases musicales como versos de Samain, suspiros suavísimos como favonios, promesas, ensueños, melancolías, toda la gama de alternativas que conoce quien ha amado alguna vez.

Al aproximarse la hora nupcial, la felicidad estremecía sus corazones. Llegó la víspera, jovial como un Mayo de Andalucía. ¿ Que pensamientos cruzaron su alma durante la noche trágica? En vez de la ventura amaneció la catástrofe horrible; inesperadamente el príncipe se suicidó, con gesto propio de drama clásico, dejando como testamento la estrofa del poeta pesimista: « Nada hay que valga los latidos del corazón; la tierra no es digna de nuestros suspiros; la vida es tedio y amargor; el mundo es lodo. »

La gacetilla hilvanará su comentario sobre la influencia que el poeta y los filósofos pudieron tener en este suicidio; los mentalistas dirán

sus diagnósticos descarnados sobre el desequilibrio de los que huyen de la vida. Conviene, empero, ser discretos; cualquiera conoce más de cincuenta hombres y dos mujeres que han leído á Leopardi, Nietzsche y Schopenhauer, sin haber pensado jamás en el suicidio. El príncipe Pignatelli ha muerto de un mal profundamente humano: tenía miedo de amar, y falleció en una crisis de la enfermedad vulgarmente llamada amor.

* * *

Amor y timidez son estados de espíritu absolutamente inseparables. Amar es temer. El amador teme á su amada como el albino teme á la luz; el amor ciego como el albinismo. La teme por sí y por ella. Teme ser inferior al concepto en que desearía ser tenido, no responder al juicio en que se le estima, romper el propio ensueño con una palabra importuna, con un atrevimiento imprevisor, con un gesto brusco.

La pasión unánime es niebla que empaña, tul que mitiga, resplandor que deslumbra; idealiza las cosas borrando sus contornos, las esfuma en penumbras de imaginación, las fragiliza en demasía. En el espíritu ebrío de emociones, la persona amada parece el polen de una flor endebles que toda leve aura puede volcar para siempre; caja musical complicadísima cuyo engranaje trabaría un invisible átomo de polvo; telaraña sentimental que se quiebra al calor de toda llama; seda suave de Esmirna que una gota de rocío mancha por toda la eternidad.

Amar es sufrir agradablemente; es gozar de una ansiedad perenne, de un sobresalto ininterrumpido. Es mirar al objeto amado y suponer que las miradas pueden ajarlo; tocar su mano temblorosamente, con la inquietud de que sus dedos puedan resquebrajarse entre los propios; oírlo hablar temiendo que el esfuerzo de las palabras enmudezca sus labios.

El que ama llora á solas sin saber por qué: es un esclavo del propio miedo.

Hombres audaces con otras cien mujeres, se espantan cierto día frente á una. El fenómeno parece extraño. ¿Cómo? ¿El más osado, el más impertinente, el más afortunado, tiembla ante esa mujer? Es paradójal, pero lógico. El hombre que sabe engañar á mil casquivanas sin amarias, es incapaz de conquistar á la única que ama. Cuando se atreve—si alguna vez lo ensaya—se limita á ofrecer su esclavitud incondicional. Es la historia eterna: Don Juan se arroja humildemente á las plantas de Doña Inés, anhelando la esclavitud de su amor.

Huelga decir que cualquier Manón hace lo mismo con su caballero Des Grieux.

En todo conquistador y en toda coqueta hay un germen de Don Juan ó de Manón.

* * *

Ovidio y Petrarca sabían que el hombre enamorado no es ser normal. Stendhal lo repitió. Ahora lo enseñan los médicos del espíritu, desde Mauricio de Fleury hasta Gastón Danville.

El cerebro sano repudia las ilusiones: un cerebro enamorado sólo piensa á través de ellas. Toda ilusión es un proceso anormal, producto de una perturbación que impide asociar debidamente las sensaciones ó las ideas. Ver lo blanco negro y lo negro blanco es propio de quien ama.

El espectro de la ilusión posee una gama compleja. Todo amor poetiza su objeto; poetizar significa revestir de gratas mentiras. Cualquiera niña cree que su novio tiene talento, buen porte, fortuna, virtudes á granel y porvenir risueño, magüer sea zote, cojo, pobre, vicioso y vagabundo. Y todo galán afirmará que su prometida posee el don divino de la gracia, ojos de ebonita ó de zafiro, perfil helénico y labios elocuentes, aunque sea insípida, posea ojos desteñidos, nariz sionista y labios pálidos por la anemia.

No es menester mucha psicología para adivinar que esos juicios son anormales y provienen de una lógica enfermiza; la facultad de juzgar está reducida á cero ó poco menos. Por ende no se exagera afirmando que los enamorados son enfermos del espíritu mientras dura su amor.

Otras perturbaciones más graves de observar en ellos, aproximando el amor á la locura: la obsesión y la idea fija, cuyas definiciones incompletas pueden leerse en los tratados de patología mental.

El enamorado tiene la idea fija de su amor. Las sensaciones recibidas por su cerebro se asocian con otras que se refieren á la persona amada. Si ve un hermoso jardín, sueña un idilio pastoral; si oye un rumor de alas entre las ramas, supone que los pájaros se aman y desearía alejar como ellos; si un manjar sabe á miel, cree tener entre los propios los otros labios y morderlos como ciruelas maduras; si toca un terciopelo, recuerda la mano cuyo contactō frisa sus nervios con inefable calofrío; todo perfume despierta una comparación con el que de ella emana. Si ve el mar de índigo ó de ultramarino, reconstruye un paseo romántico en barquilla, como en un verso de Musset; si un retazo de cielo, cree descubrir el parpadeo de sus ojos en la titilación de las más luminosas estrellas, como en una canción de Petrarca; si un bosque silencioso, supone que en traje agreste de ninfa va á salir de entre las frondas, como en una evocación de Pierre Louys. Todo breve ruido semeja un beso, toda apretura un abrazo, todo contacto una caricia. El cerebro del amante es un piano en el cual todas las teclas golpean sobre una sola nota. Sus palabras rematan siempre en el mismo tema, su conversación es una interminable estrofa de versos monorrimos. Como á Dafne en la leyenda griega, Pan le ha enseñado á frasear sus soplos en una siringa de pasión, cuyas cañas suenan perpetuamente la historia de Psiquis y de Amor.

*
* *

Junto con la idea fija se organiza la obsesión, ineludible y todopoderosa. El estudiante interrumpe sus estudios; la imagen de la amada le aparece en cada página de libro como una ilustración al agua fuerte; en cada línea lee el nombre del ser amado. En vano vuelve las páginas y

salta las líneas: todas tienen la misma ilustración y dicen el mismo nombre. ¿Cambiar el libro? ¿Para qué?

¿Escribir? Inútil pensarlo. Tomar la pluma equivale á escribir una carta de amor, salpicada por lágrimas y entrecortada por suspiros. Una carta que generalmente no se manda, es cierto; pero una carta al fin, es decir, algo que traduce la fuerza irresistible, la idea obsesiva.

¿Trabajar? Un enamorado sólo conserva aptitudes para amar. Si es abogado enredará sus pleitos, si médico olvidará la hora de sus consultas, si barbero degollará á sus clientes, si tabernero servirá petróleo por manzanilla, si prestamista (¡ni ellos se libran de esta enfermedad!) olvidará cobrar su tanto por ciento.

Hay excepciones. Así como ciertas enfermedades suelen beneficiar á los pacientes —la tuberculosis embellece á Margarita Gauthier, la histeria ilumina á Santa Teresa, la locura inspira á Hamlet—el amor favorece algunos enamorados. Este privilegio corresponde á los artistas, y es justo, por ser ellos los más sensibles á la plenitud de las pasiones. Nadie podría convencernos de que Wagner no amaba al escribir *Tristán é Isolda*, Petrarca al rimar los sonetos á Laura, Canova al esculpir su Dafne y Cloe, Leonardo al pintar la sonrisa sin par de la Gioconda. La llama que consumió sus corazones nos ha dejado prodigiosas cenizas.

En los demás el amor es una divina catástrofe. Los hombres puntuales yerran sus citas y los inteligentes proceden como aturdidos: las niñas coquetas parecen tontas y las risueñas tórnanse mustias. Por una sola y eterna causa: la idea fija, la obsesión.

*
* * *

La clínica enseña que no hay enfermedades, sino enfermos. En el mismo sentido puede afirmarse que no hay una enfermedad de amar, sino enfermos de amor. Cada sujeto se enamora de distinto modo, según sus idiosincrasias personales.

La timidez, las ilusiones, la obsesión, difieren en cada caso. Así como la pulmonía reviste caracteres distintos en un viejo y en un niño en un atleta monstruoso y en una histérica sentimental, el amor presenta aspectos diversos en cada enamorado.

En ello intervienen cien factores: la edad, el sexo, la profesión la raza, la intelectualidad, la posición social, el clima, el temperamento, la oportunidad; ninguna circunstancia carece de significación en el amor.

Además, en un mismo individuo, la enfermedad suele presentar muchas formas; los antecedentes «clínicos» de cada amante varían al aparecer una nueva crisis. Un éxito precedente no puede influir lo mismo que un fracaso; las conciones morales de la persona amada tienen que modificar los caracteres de la pasión que ella inspira.

Por eso las variedades son infinitas. El uno ama sabiendo que es correspondido con vehemencia superior á todos los obstáculos; el otro se apaga lánguidamente y se suicida ante el amor imposible; este mata en

su crisis de celos; aquel paga con su vida el precio de un amor absoluto, ó ve triunfante un rival, ó siente serpentear en su alma la pasión culpable: son los héroes de Shakespeare y de Goethe, de Zola y de Wagner de Barrés y de D' Annunzio. Iguales todos por la intensidad de su fiebre devastadora, todos distintos por el color de su llama. Un mismo fuego devora heterogéneos combustibles, como un rayo único de sol se descompone en la infinita policromía del iris.

El médico de almas observa serenamente la gama compleja de estos casos con simpatía y con piedad, mientras el amor acrisola sus pasiones y alienta sus más secretas esperanzas; parecen los tristes penitentes de un purgatorio dantesco. Y en su lenguaje lapidario los clasifica y rotula: para él sólo son diversas formas de una misma enfermedad.

* * *

El mal cura á menudo: rara vez se vuelve incurable. Hay amores agudos y amores crónicos, lo mismo que nefritis ó delirios.

Cura por tedio ó por hartazgo, gradualmente, «por lisis»; ó bien cura por celos ó por dignidad, repentinamente, «por crisis».

El matrimonio puede ser su antídoto eficaz; si los químicos pudieran analizarlo encontrarían en él todos los elementos constitutivos del tedio y del hartazgo. Armando Charpentier, en un libro lleno de observaciones perspicaces, demostró que el amor sólo llega á sobrevivir un un par de años en el consorcio; se refería, naturalmente, á los casos más favorables. Este juicio no implica una opinión contraria al matrimonio; ¿medio siglo de amistad completa no vale más que una pasajera fulguración de amor?

Por desgracia, la amistad completa no siempre sobreviene con tanta prisa como el amor huye. Entonces la enfermedad cura desagradablemente y deja una cicatriz afrontosa como un estigma, la desarmonía conyugal, la infelicidad irremediable, pues tales cicatrices pueden extirparse mediante la cirugía del amor, que es la culpa, el engaño recíproco. Pero entonces aparece un peligro de otra clase, la recidiva; pocos infelices escapan á ella.

Sólo es difícil la primera culpa.

Otros enfermos curan por crisis; son infinitos. Pueblan el drama y la tragedia, siempre iguales y siempre diferentes.

Esta enfermedad se hace crónica pocas veces, lo mismo que los demás padecimientos humanos. Cualquiera hombre sufre en su vida cien dolencias corporales y diez afecciones peligrosas; sólo una ó dos se vuelven crónicas y lo acompañan hasta la muerte. Con el amor esa regla se repite; cien accesos pasan como nubes en un cielo estival, uno ó dos se arraigan en el espíritu y lo embargan por toda la existencia. En un año hay cien días de viento y uno sólo de ciclón.

* * *

El trágico fin del enamorado príncipe puede interpretarse como un caso de suicidio por enfermedad incurable. Muchos tísicos y cardíacos se suicidan para escapar á la torturante pesadilla de sus males crónicos; ¿cómo nos extrañará que se suiciden algunos enamorados que los sufren peores?

El desgraciado joven partenopeo comprendió la gravedad de su inconmensurable amor; acaso no tuvo fuerzas para seguir amando á su prometida, vaciló frente al peligro, temió amar por mucho tiempo todavía, en este continuo padecer del que vive atormentado por una idea obsesiva: resolvió ceder él, ya que no cedía la enfermedad. Pocas horas antes de casarse puso punto final á la angustia, buscando en el pesimismo filosófico una justificación para su alma enferma.

Su caso es más sencillo que cualquier filosofía; es un ejemplo de amor verdadero, «como debiera ser» si los hombres supieran mirarse por dentro. Si no se suicidan miles de enamorados, es porque los enfermos del espíritu no saben comprender la gravedad de su propio mal; los alienistas saben que en muchos casos la locura es un infortunio que se ignora.

Y porque los casos de amor crónico son bastante raros.

José Ingegnieros.



La patria del amor

No llores más, mi bien, seca esos ojos
que marchitó tu llanto;
luzcan frescos de hoy más tus labios rojos
que yo he besado tanto.
¿Por qué llorar? Qué importa que la suerte
nos combata enemiga?
¿Sucumbirás como ante el soplo fuerte
del viento cae la espiga?
No pienses más que en mí. Los ojos cierra
al exterior aliño,
y verás que al hallarte en nueva tierra,
igual es mi cariño...
Contempla el cielo, el campo, la montaña,
el ave que retoza
en el árbol, el mar que humilde baña
nuestra mísera choza.
Mira, todo es igual; naturaleza
viste iguales colores
en una y otra tierra; igual belleza
lucen aves y flores.
Todo es igual; el bosque, el mar profundo;
¿ves? la materia es una.
De igual materia está formado el Mundo
que el Sol y que la Luna.
Son hermanos los hombres; las naciones
tan sólo nombres vanos.
Es nuestra Patria el Mundo. No hay regiones
entre buenos hermanos.
¿Qué más te da una tierra que otra tierra?
El mismo mar te baña,
el mismo Sol te alumbra, igual encierra
amor la tierra extraña.
Todo es igual, mi bien. Ese quebranto
cese, cese tu lloro.
¿Por qué te aflige tu destierro tanto,
si estoy yo aquí...y te adoro?

Manuel Del Alisal.

¡Armanda!

Muy triste está la castellana en alto mirador del castillo. Juguete de viento es su blonda cabellera, que semeja mágico estandarte de luz y oro.

¡Oh, cuánta perfidia hay en el mundo!

La bella dama (porque es bellísima á pesar de lo del estandarte) llora en silencio, sin más testigo de su pesar que la espléndida luna, sonriente allá arriba, como mofándose de aquel inmenso dolor. La luna es tonta, *al par* que implacable.

¡Pobre Armanda! La torre donde gime no es palacio suntuoso de dichas y placeres, no es nido de cándidos amores, no es mansión tranquila y feliz, para un sér puro y sencillo como la protagonista de nuestra leyenda.

¿Por qué no decirlo de una vez? Aquella torre es un presidio.

¡Horror!

¿Qué delito ha cometido una mujer tan bella, tan pura y tan hacendosa?

¿Por qué no lo hemos de decir también?

No ha hecho nada; pero ha caído en manos de un bastardo que la quiere por esposa, á todo trance, y en vista de que ella le desprecia por un *trovador gentil*, que hace romances tiernos y canta peteneras, acompañánlose con un acordeón, la ha robado del hogar paterno y *materno*, y la tiene cautiva en una torre vieja.

Pero *hilemos* de nuevo nuestra narración: Armanda sufre y llora en el alto mirador del castillo; y á la vez que llora, espera con ansia algo imprevisto que la libre de aquel terrible enemigo por quien sufre cautiva la ausencia de los seres más queridos.

De pronto, se oye un ruido extraño, por entre los corpulentos árboles que rodean el castillo; el ruido ha sido así como el chillido estridente de un pato monstruo.

La dama se estremece toda.

No han trascurrido algunos segundos, cuando se ve avanzar hacia la torre una cosa muy rara y muy siniestra.

Más que correr vuela, casi sin pisar el terreno, y como el gigante del cuento, lleva un ojo que brilla con terribles fulgores rojizos y verdes.

La infeliz Armanda está á punto de desmayarse.

Aquel monstruo que llega, chilla otra vez más fuerte y más ronco, el puente del castillo cae pesadamente sobre el foso, y el infame bastardo penetra en su morada montado en bicicleta. Este era el monstruo.

Armanda, que según hemos dicho está á punto de desmayarse, no

se desmaya; al contrario, da dos ó tres saltitos y, palmoteando como una tontuela, exclama:

—¡Por fin, por fin!

De la profunda tristeza que la sumía, ha pasado al deleite mayor. Esto es raro.

Es decir, raro no es, si se considera que Armanda, con su vista de lince ha visto llegar un bulto al pié del torreón. Y el bulto es el trovador, el mismo que viste y calza, el mismo que se presenta dispuesto á todo para libertar á su adorada. ¿Lleva armas?

Una, y más poderosa que el más afilado lanzón. Con el acordeón se siente capaz de todo. ¡Arma tremenda!

No tarda en llenar de aire su potente fuelle, y un acorde fuerte surca los aires, penetrando á la vez por los espesos muros del castillo.

El bastardo se lleva las manos á las orejas, da dos vueltas en redondo, y está durante unos segundos si se muere ó no se muere.

Armanda lanza una carcajada placentera, y cogiendo una piedra se la tira al trovador, el cual no hace caso, y sigue ejecutando escalas y arpegios dignas del más afamado oficial barbero.

El trastorno es grande dentro del castillo.

Los arqueros corren de un lado para otro, persiguiendo á las ratas que han abandonado sus escudrijos, mientras tanto el bastardo, repuesto del susto, sale en busca de Armanda, para evitar la emboscada que se le prepara.

La infeliz Armanda, creyendo que nadie la observa, se ha puesto á horcajadas sobre la balastrada del mirador, y espera una señal de su amante para deslizarse por una escala de cuerda.

—¿A dónde vas, traidora?—le grita el bastardo, cogiéndola del pelo

—*Donde va lo que zozobra*—murmura aquella pobrecilla.

—Antes pienso matarte.

—¡Oh!....

—¡Ah!....

En tanto cantaba desde abajo el trovador;

«Con una falda de percal plancha
y unos zapatos bajos de charol....»

¡Has de pagar cara tu sátira infernal, coplero de los demonios! — grita el bastardo, asomándose por lo alto del torreón.

—Baja si quieres, morral;—le dice el músico, sin dejar de tocar.

—Véte, ó no respondo de mí ni de mis arqueros terribles.

—Ni te temo á tí ni á nadie; ¡baja gandul!

—¡Véte!... que me pierdes...

—No me iré sin Armanda.

—¡Eso, eso!—grita la aludida, haciéndole cosquillas al bastardo.

Este siente bullir en su imaginación una idea maquiavélica. Lánzase

sobre la atortolada castellana, le arranca la bata de un tirón y se la pone él sobre su pulimentada coraza. La pobre niña, no sabiendo qué partido tomar, se acurruca á un lado.

—Una vez que la quieres, sea; ahí la tienes, véte con ella, y que yo no os vuelva á ver el pelo—dice el bastardo al trovador.

—Gracias, hombre—responde el de abajo, confundiendo á su amada con el bastardo que se desliza por la escala.

Aun no ha llegado éste al suelo, cuando le oprimen dulcemente los brazos del trovador quien exclama en un trasporte amoroso:—Por fin, amor mío.

—¡Por fin!—ruje el bastardo, metiéndole un puñal en el cuello.

—¡Por fin!...—grita Armanda, cayendo desde arriba y aplastándose el cráneo contra el de su amante.

¡Por fin soy tuya,
feliz instante!...

dice el acordeón, tocando solo.

El bastardo aprieta á correr, con los pelos de punta y su gente detrás.

Y cuentan los pastores que, desde entonces, todas las noches á las doce y cuarto se oye un acordeón lastimero en el fondo de las ruinas de aquel viejo castillo.

Joaquín Arqués.



L A N O N A

Al tornar en sí de su letargo el conde Raimundo de Villaparda, reconoció á su médico que le contemplaba con aire triste.

— ¡Salvado por esta vez! — murmuró sonriendo é incorporándose en el lecho.

— ¡Pobre amigo! — suspiró el doctor. — Y viendo que el enfermo le miraba con sorpresa.

— ¡Valor! — continuó; — es mi deber decir la verdad.

— ¿ Eh ?

Presentáis todos los síntomas de la *nona*.

— ¿ Y qué quiere decir eso ?

— Que después del letargo de que acabáis de despertar, el enfermo goza tres horas de lucidez... luego de las cuales, muere repentinamente.

— Pero...

— ¡ Valor, repito ! La vida no está al fin y al cabo exenta de penalidades... Conque, adiós, amigo mío, adiós; y aprovechad el tiempo.

Diez minutos después, el conde, en pie, procedía tranquilamente á su *toilette*.

El doctor habíase retirado discretamente para dejarle en libertad de atender á sus disposiciones supremas.

Cuando hubo terminado el arreglo de su persona, con exquisita escrupulosidad, Raimundo abrió una caja de tabacos, encendió un cigarro y se puso á fantasear cómodamente arrellanado en un ancho sillón.

Por mucho valor que tuviera para mirar á la muerte cara á cara, el conde encontraba su situación extremadamente aflictiva.

El día anterior á los primeros síntomas de una grave dolencia, había tomado resueltamente todas sus decisiones; había hecho venir un sacerdote y un notario, quemado su correspondencia y puesto todas sus cosas en regla. Después, habíase quedado aletargado, pensando no despertar más de aquel sueño profundo.

Pero su situación parecía ahora la de un condenado á muerte que después de haber entrevisto el indulto, se encontrase de pronto frente á frente del patíbulo.

Contemplando melancólicamente las caprichosas espirales de humo que envolvían su rostro, remontándose perezosamente hasta el cielo raso de la habitación, Raimundo, pasó revista á su pasado.

Los días de su infancia, su primer amor, y, últimamente, los días dichosos de su luna de miel.

¡ Cuán feliz había sido !

Habíase casado enamorado locamente de su mujer, y su dicha hubiera sido completa, á no impedírsele la pasión de los celos, que nunca pudo dominar. ¡Y pensar que aquella unión tan deseada y que tan venturoso le hacía acabó por una separación ruidosa!

¿Y todo porqué? Por un error de parte suya, y por una terca intransigencia de parte de ella.

Separados amigablemente, habían continuado amándose. Sus relaciones se limitaban á saludarse fríamente cuando se encontraban en la calle; pero el interés, con que, á espaldas el uno del otro, procuraban informarse mutuamente de su respectivo estado, delataba la falsedad de aquella indiferencia.

La idea de morir sin ver á su amada esposa le mortificaba sobre manera.

La estudiada obstinación, la inflexible energía, la mentida frialdad observada hasta entonces, le parecía ridícula é inútil, cuando muy pronto iba á llegar fatalmente la eterna separación.

¿Por qué no intentar una reconciliación postrera?

Raimundo fué á sentarse á su escritorio y trazó sobre un papel algunas líneas, con mano nerviosa. Luego, sonó un timbre y se presentó un criado á quien entregó la carta.

Hecho esto miró su reloj. Le restaban dos horas de vida. La condesa tenía tiempo de venir.

¿Vendría?... ¿La conmovería aquel escrito de supremo adiós, ó, inexorable en su dignidad de mujer ofendida, rehusaría perdonarle delante mismo de la muerte?

La angustia de esta incertidumbre agravaba la tortura moral de Raimundo que, á despecho de su sangre fría, contaba uno á uno, los minutos que le separaban de la agonía.

Transcurrió una hora.

Se puso á escribir una larga carta á su madre, en la cual evocaba lejanos tiempos, cuyo recuerdo le enternecía.

De pronto, Raimundo se estremeció. El timbre eléctrico había vibrado. Después de algunos segundos de expectativa ansiosa, se abrió la puerta y anunció el criado:

La señora condesa.

El conde se había levantado palidísimo.

—¡Herminia! gritó.

Pero su esposa se había detenido á la puerta, con marcado gesto de indignación.

—Esto es un engaño, caballero,—dijo fríamente.

—¿Un engaño? ¿Qué quieres decir?

—Me escribes que estabas moribundo, y te encuentro en perfecto estado, despachando tu correspondancia. ¡Adiós!

—El conde la detuvo dulcemente por un brazo y, mostrándole la carta que estaba escribiendo á su madre:

—Lee, te lo ruego;—la dijo.

Apenas hubo pasado la vista por el pliego, se arrojó sollozando al cuello de su esposo.

—¡Era cierto! ¡Vida mía!

Por algunos instantes permanecieron así unidos en abrazo estrecho y doloroso.

Un abrazo como aquellos apasionados que en tiempos más felices se prodigaban llenos de amor y ventura.

Luego, sentóse el conde y la tomó en sus brazos cubriéndola de besos, y hablaron del pasado, de su cariño inmenso, de sus ilusiones perdidas, de sus ya muertas esperanzas, del día de su boda...

Recordaron sus paseos matutinos por el campo; su viaje de novios; los detalles más nimios de su vida; las tiernas caricias de sus expansiones conyugales; el primer beso de amor...

Parecía que querían olvidar el drama terrible que se acercaba, haciendo revivir en el recuerdo las dichas que pasaron para no volver jamás.

El sonido del timbre eléctrico, que anunciaba la llegada de alguien, les sacó de aquella especie de embriaguez.

—El señor doctor,—anunció el doméstico.

Ambos cambiaron una mirada de angustia suprema.

—¡Cómo! ¿En pie? —exclamó el médico, con gesto de estupor.—Yo que venía para...

—Veníais para...

—Mejor es así... Veo que me he equivocado... Yo venía para extender el certificado de vuestra muerte.

—Gracias por la atención;—respondió; sonriendo, el conde.

—¿Entonces está salvado?—preguntó con ansiedad Herminia.

—Completamente... ¡Es extraño! *El Eco de la Clínica*, hacía en sus últimos números un acabado estudio de la *nona*, y todos los síntomas... En fin, repito que me alegro y...

Se alegraba, en efecto; pero allá en el fondo, sentía así como vergüenza ó despecho por ver fallaba su profecía.

—Herminia,—murmuró Raimundo al oído de su esposa;—¿si le invitáramos á nuestra mesa esta noche?..

Vicente Suarez Casañ.



LA CARA DE DIOS

(ANTAÑO Y HOGAÑO)

Los que conocen en todos sus detalles la historia de nuestras costumbres, afirman que antes había más fé religiosa, y que el hombre pecaba de modo menos ostensible.

Es cierto: nuestros antepasados ofendían á Dios con el mayor decoro: primero le quitaban á uno el reloj, y después se bebían unas copas de agua bendita para limpiarse por dentro.

Antes, era costumbre entregarse á la bebida y al bacalao frito, para hermanar los placeres alcohólicos con la vigilia; ahora, la humanidad bebe peleón y come embutidos y chuletas de ternera, sin cuidarse de las prescripciones gastrointestinales.

Consultando libros y oyendo las relaciones de los ancianos, hemos llegado á averiguar que nuestros abuelos asistían el Viernes Santo, por la mañana, á venerar la Cara de Dios con todo el respeto propio del acto, y con algunos comertibles envueltos en papel de estraza.

Llegaban al templo de la Santa Faz, hincaban en tierra la rodilla, golpeándose el pecho con el pecho con el puño cerrado, y después, sin faltar á la moral ni á los preceptos religiosos, se iban á probar el aguardiente y á comer combros, llenos de unción cristiana.

La manola y el manolo suspendían el amor por aquel día, y besaban la mano del fraile, sin pararse á averiguar su estado de limpieza.

—Sebastiana, decía el chispero á su pareja: ¿podías facilitarme algunos maravedís para la colación de esta noche?

—Hoy sólo debemos pensar en la Pasión y Muerte del Señor. En el *entre mientras*, te puedes comer un codo *ú* lo que te *parezca*.

El chispero, que era hombre de convicciones religiosas, guardaba silencio y se mordía la borla de la reddecilla, para demostrar su humildad y su respeto al culto.

Y ya no se volvía á hablar de los maravedís ni de las relaciones amorosas de ambos cristianos. Lo más que hacía él, era darle una paliza á la manola, por vía de réplica muda y elocuente.

—¡A mi los alguaciles! gritaba la víctima. ¡Socorro!

—¿Que es eso? preguntaban los dependientes de la autoridad.

—¡Nada! respondía el chispero. Le estaba explicando á ésta los tormentos que ha pasao por nosotros Nuestro Señor Jesucristo.

La Cara de Dios que se venera en la plaza de Alligidos, viene sienpo objeto de las mayores demostraciones de fervor.

En los buenos tiempos de la piedad sincera, los fieles lloraban ante el altar y se repartían lapos religiosos, que era como repartirse penitencias á precios equitativos.

—¡ Pega, pega con toda confianza ! decíanse los devotos. Cuanto más me pegues, mayor será el número de indulgencias que lleve para mi casa.

Al salir, oíanse diálogos como éste :

—¿ Que tal, doña Benita ?

—¡ Admirablemente ! Me han dado un puñetazo en este ojo, y lo agradezco en el alma.

—Es necesario sufrirlo todo por la religión.

—Sí, señora. Los tormentos del cuerpo abren al cristiano las puertas de la gloria. Tengo la espalda en carne viva, y no sabe usted cuánto me alegro.

—¿ Escuece ?

—Algo . . . pero más ha sufrido para nosotros Simón Cirineo, con ser una persona ordinaria.

Hoy . . . ¡ cómo han variado las costumbres !

Un caballero del antiguo régimen quiso aplicar el año pasado los procedimientos religiosos del garrote sobre las costillas de un cristiano, y éste, que es de Riela, le atizó allí dos guantadas.

—¡ Hombre ! dijo el clásico, rascándose la mejilla. Yo le he pegado á usted creyendo hacerle un favor.

—Pues yo le he contestado para pagarle la atención, y ver de paso si le reventaba vivo, contestó el aragonés remangándose las mangas del gabán.

La gente del bronce asiste á la plazuela de Afligidos dispuesta á todo.

El Chinchón y los buñuelos excitan la piedad cristiana, hasta tal punto, que algunos no se pueden contener, y dicen á las chicas :

—¡ Bendito sea Dios, que la ha hecho á usted tan hermosa, y bendito sea el clero que abre la capilla para que vengan aquí las buenas mujeres ! ¡ Olé, viva tu madre ! . . .

No negaremos que, en medio de todo, hay almas cristianas de verdad, que van á ver la Cara de Dios y á enternecerse cuanto es posible.

Como la religión no tiene nada que ver con la ropa, se visten correctamente, se peinan con esmero, y se embadurnan la cara con polvos de de arroz y colorete.

—¡ Estos días no tiene *una* gusto para nada ! dice una señora sensible.

—Pero se ha dado usted polvos, por si acaso, contesta otra.

—No lo crea usted. Es *la* color natural. Yo soy muy blanca: además, ando removida con esto de la Pasión, y *palidezgo*.

—¡ *Paece* mentira que esté yo aquí, tal día como hoy ! dice una chula enjugándose los ojos.

—¿ Por qué ? pregunta el chulo que la acompaña.

—Porque *macuerdo* de que el año *pasao* vine con Serafín y estuvimos comiendo *muñuelos* y rezando; lo cual que al día siguiente le metieron en el Abanico.

—¿Qué había hecho?

—*¡Pus ná!* Darle un *metío* al Boceras, porque se burlaba de los santos.

—¿Un metido á

—Sí, con una navaja abierta.

Aún hay fé, y las tradiciones no se borran fácilmente de nuestro pueblo, por más que digan los incrédulos.

El uso de los muñuelos y el aguardiente no quiere decir que el hombre vaya á la plaza de Aflijidos en clase de aficionado á los comestibles y demás: ambos artículos simbolizan el respeto á las cosas de arriba y dan testimonio de la tristura que padece la humanidad estos días.

«El que va á ver la Cara de Dios y no prueba la bebida, es un religioso de camama, sin *dignidad*, ni pizca de vergüenza ni de aseo *personal*.»

Este axioma no es mío: lo ha consignado en una de sus obras místicas un ex-cabecilla de buenos sentimientos, y que conoce el paño.

Luis Taboada.



El Secreto de la Vida

(Paisajes Futuristas)

La noticia había puesto en conmoción al mundo entero.

Desde que á fines del siglo XX, el descubrimiento y la vulgarización de los «acumuladores Petterson» convirtió á los hombres todos en productores fáciles de cuanto, individualmente, necesitaban para su subsistencia, podía afirmarse, no solo que la Humanidad había cambiado de aspecto, sino que se había operado una brusca desviación en la trayectoria de sus rumbos.

El pavoroso problema social, que hacía arrugar sombríamente el ceño á los legisladores del comienzo de aquel siglo, ya no constituía ni siquiera materia de divagaciones históricas para los sabios de mediados del siglo XXV, época en que comienza nuestra narración.

Estos sabios se llamaban á sí mismos «psicólogos». La Psicología y la Historia natural: en estas dos únicas ramas habían venido á parar

todas las diversas opiniones de la ciencia. Y aún puede decirse que la Historia natural, en su mera labor de catalogación y de estadística no constituía ciencia, hasta que en las conclusiones de sus datos se apoyaba para establecer conclusiones y variantes, la voluntad humana. Es decir, hasta que en los dominios materiales de la Historia natural, hacía irrupción tiránica y dominadora la Psicología.

Desde el punto de vista puramente físico, la energía eléctrica ilimitada y al alcance de todos los individuos, había dado solución á todo... La electricidad había simplificado la vida. Aplicada á la agricultura, en cultivos de una intensidad y una rapidez inverosímiles, á la industria y á los transportes, hizo de la existencia, en cierto modo, un producto voluntario, que el individuo regulaba y delineaba á su antojo, sin ningun esfuerzo, en sus contornos materiales.

Los grandes «Sindicatos nacionales» para la producción de la energía eléctrica, eran, en realidad, la única razón en que se apoyaba la vieja organización del mundo, por Estados, para subsistir.

Y aun así, ya comenzaba á hablarse de una posible sindicación de sindicatos, que, de un golpe, y tal vez no lejana fecha, realizaría el internacionalismo.

Mediante una ligerísima contribución á los trabajos de los grandes Productores de energía eléctrica nacionales—contribución casi facultativa y voluntaria, porque jamás se dió el caso de que faltaran obreros,—el Estado cedía á cada uno de sus habitantes la cantidad de energía que necesitaba, sin limitaciones.

El comercio, en la forma que hoy se realiza, no existía. La producción diversificada hasta lo infinito lo anuló. Dejóse de acuñar moneda. La riqueza, consistente, en la mayor cantidad de bienes y de goces que podían atesorarse, dependía exclusivamente de la inventiva y de la audacia individual.

Costaba trabajo imaginar que aquel triunfo definitivo como nunca, de la personalidad escueta, habíamos venido á parar por los caminos del socialismo más exagerado y ritualista.

La Humanidad se instalaba—Robinsón proteico—en la gran Isla del Universo, creando en torno suyo una existencia nueva cada día. Este estado de cosas que tan completamente había alterado las leyes materiales de la vida, no dejaba de influir en lo moral.

Desde luego la satisfacción inmediata de todas las necesidades materiales sin ningún esfuerzo, con la velocidad adquirida que llevaba la naturaleza humana en este terreno, paralizó de buenas á primeras todo estímulo vital y despojó de todo goce la existencia. Como las necesidades en realidad no existían, el goce que entraña su satisfacción no nacía tampoco en las criaturas, y durante algunos lustros registraron las estadísticas, con patética alarma de sociólogos y de filántropos, el caso frecuentísimo de gentes que se suicidaban, hastiadas de una existencia monótona donde todo anhelo material estaba satisfecho de antemano...

De aquí nacieron dos corrientes fatales que en menos de medio siglo habían dejado casi en la mitad la población del mundo.

Los que persistieron como en siglos anteriores, cuando la situación precaria del hombre indefenso parecía justificar esta actitud grosera esperando de la carne todos los goces de la vida, cayeron en las más inverosímiles aberraciones sexuales, buscando en todas las degeneraciones del amor un goce que ya no experimentaban en la satisfacción asegurada siempre de sus apetitos naturales... Estos réprobos, rebeldes á los nuevos moldes de la vida, constituían el peso reaccionario que el resto de la Humanidad miraba con asco y con lástima.

Paralelamente á ellos, como un lirio en el lodo, fué desarrollándose la nueva casta de hombres que buscaron en el espíritu, mejor dicho en la *psiquis* y en la satisfacción de las necesidades psicológicas, la nueva ley de vida y la única fuente, humanamente digna en adelante, de sus goces...

De aquí el incremento que había ido tomando la Psicología desde entonces, hasta ser considerada, en los años en que comienza nuestra historia, como la única ciencia merecedora de este nombre.

El ejemplo asqueroso de los reaccionarios y la natural propensión del alma, en la que pesaban XX siglos de enseñanzas y herencias religiosas, al darle al espíritu una tan exclusiva preponderancia reguladora sobre los actos de vida, fueron fatales y contrarios al instinto de reproducción de la especie que en los siglos anteriores se había conocido generalmente con el nombre poético de amor.

Los nuevos hombres temerosos de caer en las aberraciones é inversiones de los reaccionarios, se mantuvieron alejados de este instinto que, por lo demás, constituía una amenaza para la paz del espíritu, reguladora de su vida.

La nueva Humanidad fué por consiguiente austera, casi ascética: el amor sexual convirtiéndose en un modo de filantropía transcendental y platónica, en una especie de humanitarismo teológico, según el cual, sus fervientes propagadores afirmaban que los hombres llegarían á reproducirse por vías espirituales, al modo que yo no sé qué uniones hipostáticas de las divinidades mitológicas...

Mientras tanto, la Humanidad decrecía visiblemente por las aberraciones de los unos y las austeridades de los otros: la insaciable sed del espíritu servida por la inagotable omnipotencia de la energía eléctrica, llegaba á los deliquios de creación más estrambóticos: sentíase que la vida había perdido su verdadero cauce y flotaba, en los esplendores de aquella palpitación de fuerza perennemente activa, la seca proximidad de un cataclismo...

Con la doctrina de los reaccionarios pensaban algunos, la personalidad humana tenía, bueno ó malo, un límite: el cuerpo, la carne, la materia, de lo cual no le era lícito pasar.

Pero en la predicación de los psicólogos innovadores y triunfantes

había yo no sé que fantasma amenazador de una personalidad sin límites que avanzando, cada vez más devastadora é insaciable, acabaría por tragarse el mundo. Porque la personalidad humana—decían—abandonada á las ansias de sí misma no cabe en todo el Universo.

Una tercera casta de hombres, tal vez la más numerosa, la de los indiferentes, que se llamaban á sí mismos conservadores, ni aceptaba los extremos de los unos, ni entraba decididamente en los caminos de los otros. Ecléctica, indecisa, vivía rutinariamente, bien que aprovechando todas las ventajas de la civilización novísima; se nutría, viajaba, pedía goces moderados y se reproducía.

Pero en el fondo, las dos corrientes opuestas de racionarios y psicólogos, atravesando constantemente la inercia de esta masa social, había acabado por agitarla y trastornarla.

Se había producido un movimiento de angustia y de inquietud.

Las gentes empezaban á pedirse con angustia cuentas de su vida.

Evidentemente los extravíos de los reaccionarios eran intolerables y vitandos... Pero los nuevos hombres, con su caprichosa exaltación de la psicología, ¿á dónde iban á parar?

¿Qué era el espíritu?...

Surgió el descontento: la Humanidad estaba haciendo falso rumbo: aquellas máquinas, artefactos, ingenios, aparatos, instrumentos, artilugios, ruedas, poleas, dinamos, acumuladores, toansformadores, alambres, postes, voladores, etcétera, ¿habían simplificado la vida?... ¿no eran un engaño para ir ovillando, en el vacío; una madeja inútil?... Los medios eran excelentes; pero, ¿dónde estaba el fin?...

Y el fin era la incógnita; pero era, al mismo tiempo, la amenaza; era, tal vez, el aguijón salvador, sin el cual no habrían dado un paso aquellas mismas gentes que se desesperaban so pretexto de no conocerlo.

De aquel caos de contradictorias opiniones, de barro y de alma, de espíritu y de podre, de exaltación, de embriaguez, de aburrimiento y de ironías, surgió, al cabo, borrosa y confusa, una idea general, común á todos, tremenda como la conciencia de una derrota que durante largos años sumió á la Humanidad en una especie de estupor...

Decididamente, se había hecho falso rumbo. La electricidad, por lo menos, la electricidad entendida de aquel modo, no era la solución... Las máquinas, nunca definitivas, siempre imperfectas, multiplicables por lo mismo hasta lo infinito, podrían dar formas sucesivas de felicidad, más ó menos diferentes, pero nunca resueltas, cabales, adecuadas al espíritu insaciable y en perpetua sollicitación de novedad que las movía...

Disgustada, pues, de aquel estado de cosas, la Humanidad volvió á la lucha: una insubordinación tremenda parecía aproximarse... ¿Insubordinación, por qué?... ¿insubordinación contra quién?...

Nadie sabía responder á estas preguntas: pero la rebeldía, un delirio de rebeldía más formidable, cuanto más difícil era fundamentarlo,

estaba armado de una punta á la otra del mundo conocido el puño de la Humanidad...

—¡Basta de electricidad!... ¡Abajo las máquinas!...

Estos gritos brotaron de la garganta de la Humanidad aquella como hoy los gritos de:— ¡Abajo el Gobierno!... ¡basta de impuestos!— brotan de los labios de nuestras multitudes.

El motín universal tenía inponderables proporciones.

Al tin y al cabo, como recordarán mis lectores, la electricidad era la única función gubernamental de los Estados; de modo que, según todas las apariencias, se trata de una revolución en regla contra el orden de cosas establecido.

Imaginad, en estas circunstancias, el estupor indescriptible conque aquella noche, desde todos los extremos del hemisferio de Europa, habríau leído los hombres esta noticia que potentes *proyectores eterógrafos*, escribieron en la pizarra celeste:

«Londres, 6'50, tarde. Revolución total. Psicólogo Smith comunica Humanidad electrecidad sustituida fluido magnético. Máquinas abolidas. Vida humana empieza nueva era.»

La necesidad de facilitar su lectura no dando al *eterograma* desmesuradas proporciones, imponía aquel laconismo que, según los eruditos, tenía un rancio sabor agradable á los viejos *despachos telégraficos* de la Edad antigua, cuidadosamente conservados en los archivos de arqueología.

Pero este mismo laconismo sobreexcitaba la tensión inaguantable de la ansiedad humana que no sabía á que atenerse respecto al alcance de aquella comunicación del psicólogo famoso.

Aquella misma noche, de todos los puntos de Europa, las agencias de información despacharon emisarios especiales qua debían celebrar una entrevista con el misterioso Smith.

II

No basta la pluma á describir el espectáculo...

La avalancha de una multitud arrastrada en una desbandada de pánico ó de delirio hacia un punto fijo, por una de esas fuerzas anónimas que en los momentos críticos dirigen, en nuestras grandes urbes, la corriente de las masas, daría una idea pobrísima y muy pálida de aquel tumulto en los aires, de aquella torrentada vertiginosa de aeroplanos, dirigibles y voladores, á la mañana siguiente de haber aparecido en el espacio la comunicación del sabio inglés...

Provocaron el fenómeno los «voladores» de los primeros emisarios que, pocos segundos después de leer la comunicación, partían vertiginosamente por el vaoto camino de los aires alineándose, á diferentes alturas, pero como si volaran atraídos de un mismo gigantesco imán, en una dirección idéntica...

Cuando algunas personas pasan por la calle á nuestro lado, corriendo en un mismo sentido, hay yo no se que fuerza de curiosidad: simpatía humana, que nos arrastra á seguir las involuntariamente... Pero, en la calle, tenemos medio de informarnos; preguntamos á un vecino, sujetamos por el brazo á uno cualquiera de los que corren, sabemos en el acto de qué se trata—un fuego, un tumulto, un crimen—calculamos la distancia, se nos satisface la curiosidad, y dominada la débil sugestión de aquel primer momento, seguimos caminando indiferentes...

En el aire las cosas pasan de otro modo...

La atracción, la fuerza magnética de arrastre, por ejercitarse en un medio infinitamente más raro y más sutil, llegan con mayor eficacia hasta nosotros... Además, la información ya no es posible; no cabe preguntar á los que pasan á una distancia incalculable; no es posible detener una de aquellas silenciosas máquinas, para conversar con los que la tripulan, sin exponerse á hacerse partículas menudas en el choque... La curiosidad, insaciada, tortura nuestras almas dictaminadora y obsedante... Además, el gráfico fantasma de variación de rumbos desaparece en la vaguedad del infinito... Podemos resistirnos á cambiar de dirección entre las calles de una ciudad donde á cada momento los obstáculos y las cosas nos recordaran la ruta perdida... Pero esta resistencia casi no tiene razón de ser en el vacío, donde todos los rumbos se reducen á una mínima oscilación del volante conductor, y donde la perenne continuidad indefinida del espacio, nos da una serena sensación de permanencia en un eterno plano...

Acaso estas razones explicarían la relativa facilidad y frecuencia con que las aves han hecho inveteradamente, por bandas de incalculables cantidades, hasta esconder la luz del sol, las grandes travesías del espacio; y es necesario echar mano del pastor, del rabadán y de los perros para procurar constantemente que no se dispersen los rebaños trashumantes por la tierra.

Como quiera que ello sea, el caso es que aquella mañana los cientos de voladores con que los areoplanos de los agentes de información se fueron cruzando á su paso por el aire, todos irresistiblemente, aunque llevaran rumbos opuestos, se dieron á volar vertiginosos en pos de ellos... El zumbar de las gigantescas alas, que podían contarse por millares, al cabo de un momento, producía un rumor de tempestad, extendiéndose temeroso y silbante por la vasta serenidad del aire... El sol se desmenuzaba en el tamiz finísimo y cruzado de los alambres de aluminio que hilaban centellos deslumbradores á su paso, intersificando poderosamente como un multiplicador flotante de la luz la poderosa claridad astral... Los grandes lienzos blancos de las alas eran otros tantos reverberos que cegaban... El aire faltaba á los últimos voladores que tenían necesidad para aguantarse de ascender á alturas de prodigio... La volante balumba, en el ápice de las máximas velocidades y de la curiosidad exasperada hasta lo más candente de su brasa, devoraba lenguas en aquel mar

eterno, entreteniendo al pasar, minúscula y radiante, los ocios de Dios...

La catástrofe de todos aquellos voladores hizo apoteosis sobre el pequeño cerro, junto á Londres, donde el psicólogo revolucionario Mister Smith, tenía su fantástico «cottage»...

Mediaba el día... El golpe de vista que ofrecían los millares de «voladores» cerniéndose majestuosos en espirales infinitas de graciosas curvas, para no caer, era completamente indescriptible... Los doraba el sol y hacían pensar en un ejambre de abejas monstruosas, en el momento de ganar con un vago zumbido interminable su colmena... Sobre la plataforma aérea del «cottage» del Doctor Smith tronó, prodigiosamente reforzada por un potente tornavoz de forma espiralizada, para que pudieran oír desde sus alturas prodigiosas los últimos voladores, la voz del Fonógrafo del psicólogo, anunciado:

—Celebraré una conferencia con el *reporter* de la Agencia informadora de Varsovia... Le corresponde por ser vuestro Decano... Los demás podéis retiraros...

El Fonógrafo calló... Majestuoso, el aeroplano del *reporter* de Varsovia, destacóse entonces del nutrido enjambre...

Naturalmente, en la vida intensa que por entonces llevaban los humanos, no cabían las protestas, las disensiones, ni otra forma cualquiera de resistencia ó de tanteo por mínima que fuera... á aquella velocidad vertiginosa que había logrado la existencia, la menor desviación del orden general, era la muerte... El orden lo aseguraba la fuerza misma de la vida... El Universo entero era un organismo en que todas las partículas por la misma ley de su intensa y extraordinaria vitalidad, cooperaban al orden y al bienestar final...

Esto es difícil de comprender en la anarquía actual de nuestra impotencia y esterilidad.

Lo consignamos como historiadores fieles, pero renunciamos á justificar el fenómeno naturalismo, aunque á nuestros lectores les asombre.

El aeroplano del *reporter* de Varsovia tomó solemnemente tierra en la plataforma aérea del «cottage» Smith.

Los demás voladores se dispersaron en todas direcciones, abriéndose en el aire el copo gigantesco que formaban, como si un huracán soplando repentinamente, barrera en todas direcciones las hojas de una magnolia monstruo.

Continuará.

Eduardo Marquina.



Rosa Thé — No la han engañado. ¿Se extraña? ¡Si yo pudiera conversar con Vd., como le probaría lo humano de esa actitud! Veo por su última carta que no me conoce Vd. tanto como lo asegura. — Leí su cuento y lamento no poder darle salida en este número. No se entristezca de no tener cara bonita. ¿Acaso no encontrará un hombre superior que admire y llegue á amar su belleza intelectual? La mujer para el hombre es la compañera de toda la vida, su misión es ser agradable al marido, presentarle todos los atractivos de un hogar feliz, ser la buena compañera en los momentos de desaliento por que pasan todos los hombres, llevar la opulencia con discreción, sin ostentaciones ridículas, soportar la pobreza con valor, vivir mucho en su casa y poco en la calle, importarle poco de la admiración de los extraños y conservar siempre la ilusión de su marido. ¿Puede obtenerlo todo esto una estatua?...

N. F.—No sirve.

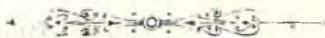
R. J.—Malo.

L. N.—Pésimo.

S. F. — «Cuento nuevo para año nuevo» fué escrito por Daudet el año 1894... y Vd. tiene el tupé de firmarlo...

Pepita Jiménez. — Espera su turno. Irá.

Alberto Steel.



ESCUELA DE "MÚSICA MENCHACA"
RINCON 105, entre Ituzaingó y Treinta y Tres — Montevideo
Dos clases semanales: Cuota Mensual \$ 1.50

Confitería, Café y Billar "La Agraciada"

~ DE ~

SEBASTIAN TALTAVULL

Casa especial en bombones finos y artículos para regalos en general
Sandwichs y helados

391 - CALLE AGRACIADA - 395

¿HA FUMADO CIGARRILLOS SARANDÍ?

"LACTARIS"

DA LECHE Á LAS MADRES QUE CRIAN

VENTA en las FARMACIAS
á cincuenta centésimos el tarro.

CEPILLOS

PINCELES

PLUMEROS

GRANDES SURTIDOS

B. A. Larghero é Hijos

25 DE MAYO, 484

Dos Ventajas Positivas

TIENE EL SISTEMA DE MÚSICA MENCHACA:

la lectura y la teoría de los intervalos.

La lectura es de una sencillez palmaria, pues hace desaparecer las claves,—especie de vias tortuosas por donde tiene que viajar nuestra música actual— y ofrece una facilidad enorme en favor de los compositores al hacer sus instrumentaciones. *¡Todos los instrumentos en una misma clave!* Mejor dicho, sin ninguna clave y sin bemoles ni sostenidos ni becuadros!

La otra ventaja es la de la determinación de los intervalos que se cuentan como los números de la aritmética y desaparecen los aumentados, disminuidos, mayores, menores justos é *injustos* que actualmente tenemos.

Estas ventajas aparte de otras secundarias, hacen excelente el Sistema Menchaca.

Buenos Aires, Mayo 1.º de 1909.

Vicente Abad.

1er. premio y pensionado por oposición del Conservatorio Real de Madrid.

Grandes maestros extranjeros han estudiado el sistema Menchaca y aprueban con éfusión sus teorías científicas, precisas.

El teclado Menchaca (teclado continuo) ofrece ventajas enormes tanto en la digitación como en la técnica: CON ÉL PUEDEN HACERSE BUENOS PIANISTAS EN MITAD DEL TIEMPO QUE HOY SE EMPLEA.

José Mateu.

Director del Conservatorio de Chivilcoy.

GIACOMO PUCCINI ringrazia l'egregio autore signor Angel Menchaca e si rallegra per l'erudito e paziente lavoro.

Milán, 22 Septiembre 1905.

El sistema Menchaca no es una simple modificación adaptable á nuestra notación, es una transformación COMPLETA Y PERFECTA QUE HACE SENCILLO EL ESTUDIO DE LA MUSICA, de la armonía y de la composición, dando reglas fijas, razonadas é invariables.

José Salvador Martí.

Este reputado maestro y compositor ha escrito una serie de artículos interesantísimos en «El Correo» de Valencia, sobre la teoría y gráfica del sistema, y ha enviado su «Nueva técnica para piano» al señor Menchaca, con la siguiente dedicatoria: «Al genial innovador de la música y autor del sistema del porvenir, don Angel Menchaca, su admirador más devoto.

El autor —Valencia, 8 de Enero de 1909.



El fluido creolina "MANCHESTER"

SE EMPLEA CON ÉXITO:

En la Ganadería: Para curar la sarna, las llagas y heridas, la lombriz, la fiebre aftosa y la garrapata. No daña la mano del operador ni reseca la lana.

En la Agricultura: Para destruir toda clase de parásitos, facilitando el desarrollo de las plantas, tanto frutales como de jardín.

En las Casas de familia: Para destruir los microbios de las enfermedades contagiosas y toda clase de insectos; para evitar los malos olores; para lavar pisos, etc., etc.

Desinfectante Ideal.
Por su baratura, por su eficacia y por su fácil empleo.

ENVASES

Latas triangulares
1 kilo.

Latas cuadradas 5
kilos.

Barriles de 25 kilos

» » 50 »

» » 200 »

Se vende en todas las Farmacias, Ferreterías y Almacenes ó en el Depósito General.

CARVE URIOSTE & COSTA BRIE

Unicos Depositarios en el Uruguay

280 — MERCEDES — 280 — Montevideo